

Ser nacional, marxismo y antiimperialismo: el nacionalismo en Juan José Hernández Arregui

Jorge Luis Ferrari

Resumen

Hernández Arregui despliega en sus trabajos un concepto de 'nación cultural', a partir del cual el análisis del pasado argentino se lleva a cabo construyendo una visión del mismo caracterizada por la existencia de un ser nacional que hunde sus raíces en el período hispánico y, tomando cuerpo en las masas populares, se opone al proyecto liberal que, con tropiezos, se plasma a lo largo del siglo XIX. Esa 'comunidad imaginada' le es útil como herramienta para plantear la historia argentina en términos de dominación imperialista, con sus agentes nativos versus reacción nacional encarnada en el pueblo.

Palabras clave: nación, nacionalismo, Argentina, revolución, liberación.

National being, Marxism and anti-empire: the Nationalism of Juan José Hernández Arregui

Abstract

In his works, Hernández Arregui presents a concept of cultural nation that proves useful to examine Argentine past from a different perspective. This new vision has to do with proposing the existence of a national being that has his roots in the Hispanic period, a fact that shapes his "personality" when he gets in contact with popular cultures. Besides, this new national being is strongly against the liberal ideals, which arouse along XIX century. This "imagined community" appears to be a very useful tool to organise Argentine history in terms of an imperialistic domination of its native people. This new concept is totally opposed to the one, which had been proposed by some conservative national people.

Key words: nation, nationalism, Argentina, revolution, liberation.

El presente trabajo es el producto de la investigación "Ser nacional, marxismo y antiimperialismo: el nacionalismo en Juan José Hernández Arregui", llevada a cabo durante 2002 en el marco de una beca de Iniciación a la Investigación en la categoría Graduados.

En esa etapa, el estudio de la obra de Hernández Arregui estuvo guiado por cuatro líneas problemáticas: a) la nación como unidad política y cultural particular; b) el nacionalismo como movimiento ideológico; c) la formación de la nación y d) la aparición del movimiento nacionalista, por lo que este artículo describe el pensamiento del autor. Sin embargo, el complemento necesario de las observaciones aquí vertidas será, sin duda, un análisis crítico de las ideas de Hernández Arregui que permita establecer las limitaciones en la postura del autor sobre la nación y el nacionalismo, y determinar la validez actual de su pensamiento a partir de una reformulación del mismo, enriquecida con los aportes críticos de las diferentes perspectivas actuales del nacionalismo.

Introducción general: el nacionalismo hoy

En las últimas décadas, el tema de la modernidad o antigüedad del nacionalismo se ha convertido en la columna que vertebra los estudios sobre el mismo. El resurgimiento de nacionalismos de carácter étnico en diferentes partes del mundo ha problematizado aun más las cuestiones sobre sus orígenes, su naturaleza y sus consecuencias. Tras la caída de la Unión Soviética, se han creado una veintena de nuevos Estados que dicen representar a 'naciones'. Tanto en la antigua Unión Soviética como en las antiguas Yugoslavia, Checoslovaquia y Etiopía se han dado casos de secesión nacional violentos o pacíficos, así como diferentes movimientos étnicos han iniciado también protestas que tuvieron como consecuencias enfrentamientos bélicos más o menos encubiertos.

Este resurgimiento del nacionalismo ha dado lugar a numerosos estudios teóricos que lo analizan. Si en las décadas del cincuenta y del sesenta éstos tenían sus fuentes de inspiración en la descolonización de África y de Asia, centrando su atención en las diferentes formas de marxismo y comunismo, tras la caída del Muro de Berlín y la caída de la Unión Soviética, los estudios sobre etnicidad y nacionalismo se han multiplicado, prestando más atención a la nación como tal y no tanto a la clase, a la raza o al género.

El nacionalismo como problema

Las teorías que dan cuenta del surgimiento y desarrollo de las naciones pueden agruparse en dos grandes bloques. El primero incluye aquellas teorías pasibles de ser englobadas en los enfoques de la modernización (Anderson 1993 y Gellner 1988), el segundo contemplará aquellas que se inclinan por una explicación ideológica (Kedourie 1988 y Berlín 2000). Los enfoques de la modernización resaltan la capacidad del nacionalismo para generar nuevas identidades en sociedades que atraviesan procesos de cambio y para movilizar esfuerzos de toda índole hacia la consecución de fines económicos y políticos. Desde esta perspectiva, se resalta el carácter instrumental, político y moderno del nacionalismo y se establece que sólo las entidades estatales como tales pueden llevar adelante con garantía de éxito las demandas del nacionalismo. Desde esta teoría se critica al nacionalismo cultural por hacer depender de hechos culturales el surgimiento y la existencia de las instituciones estatales, pues no se podría justificar la existencia a lo largo de la historia de numerosísimas manifestaciones culturales particulares que no edificaron Estados.

Para los partidarios del paradigma de la modernización, sólo el capitalismo industrial impone la necesidad de una nación, lo que demuestra también su modernidad. Las explicaciones ideológicas encontrarán las bases de sus principios teóricos en Kant –puntualmente en el principio de la autodeterminación individual– y sobre todo en Herder y Fichte. Definen la ‘nación’ en términos estrictamente culturales, donde la lengua ocupa un lugar esencial y sus miembros alcanzarían su libertad y su realización al servicio de esa nación constituida en Estado. Desde esta postura, entonces, es un principio básico que los hombres pertenezcan de modo natural a un grupo nacional, compartiendo cualidades que los identifican y los diferencian respecto de otro grupo cualquiera. La nación hunde sus raíces en un pasado inmemorial y pervive a lo largo del tiempo.

De los innumerables trabajos elaborados sobre el nacionalismo, tomamos la diferenciación que Andrés de Blas Guerrero (1995) establece en el concepto de ‘nación’, que da lugar a:

- a) La ‘nación política’, construcción ideológica surgida desde el Estado para la realización de fines políticos y económicos definidos;
- b) La ‘nación cultural’, que supone una humanidad dividida naturalmente en naciones donde cada colectividad se corresponde con una singularidad cultural propia y donde el ‘espíritu del pueblo’ es el responsable de la creación de la nación.

Podemos entonces establecer una correspondencia entre las teorías que dan cuenta del origen y desarrollo de la nación y la diferenciación que propone Blas Guerrero en el concepto de ‘nación’. De manera que la idea de ‘nación política’ se correspondería con los postulados de las teorías englobadas en los enfoques de la modernización, y la idea de ‘nación cultural’ con aquellas que se inclinan por una explicación ideológica.

A partir de esta distinción, se plantea la existencia de dos tipos ideales de nacionalismo:

- a) el ‘nacionalismo político’, que se estructura a partir de la idea de ‘nación’ como unión de voluntades en una asociación libre, fundada en la identidad de derechos y en la adhesión a los principios del contrato social.
- b) el ‘nacionalismo cultural’, en el que la nación se plantea como una totalidad inclusiva, con vínculos naturales no pasibles de ser adquiridos.

Hasta principios de la década del setenta prevaleció una visión optimista del nacionalismo. El mundo parecía estar viviendo una época de gloria para ese proceso, en la cual los cambios, ya fueran económicos o políticos, eran posibles con sólo plantearlos correctamente. Una de las conquistas a lograr era la construcción de una nación. Construir naciones sería como construir un edificio: sólo era necesario disponer de los medios técnicos adecuados. Se hablaba de construir naciones utilizando los adelantos de la técnica, la educación de masas, la participación política, el progreso en la conquista de las libertades, etc. El paradigma teórico que guiaba el camino hacia la ‘nación’ se impuso en la década del sesenta. Se lo conoce como el paradigma de la ‘modernidad clásica’ o ‘modelo de la construcción de naciones’ (Smith 2000) y suponía que las naciones y el nacionalismo son algo propio de la modernidad, una creación deliberada y consciente de las élites. Desde esta perspectiva, la nación es una comunidad política de ciudadanos que habitan un territorio, constituida por grupos sociales con intereses propios (Smith 2000).

El otro paradigma que, junto al ‘modelo de la construcción de naciones’, recorre el camino del debate sobre el fenómeno de las naciones y el nacionalismo es el llamado ‘perennialismo’ (Smith

2000). Este paradigma supone que la nación constituye una comunidad etnocultural politizada, que comparte ancestros comunes en busca de reconocimiento político. En este sentido, persiste en el tiempo como una patria histórica que hunde sus raíces en un pasado inmemorial. La nación siempre es una comunidad de carácter popular y democrático, cuyos integrantes comparten ciertas cualidades que los identifica y los distingue de otras comunidades.

Hoy aquel optimismo resulta ingenuo. No sólo no se han materializado aquellos sueños de Estados modernos y democráticos en Asia y en África, sino que incluso los países de Occidente han conocido las consecuencias negativas del descontento étnico, la fragmentación territorial y social y la tragedia. Aun así, “la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo de la vida política de nuestro tiempo” (Anderson 1993: 19).

El problema científico y las fuentes

El problema de la presente investigación se centra en la particular concepción del nacionalismo de Hernández Arregui como elemento legitimador de una nación y como herramienta de liberación nacional encarnada en las masas populares. Los trabajos del autor que los tratan con especial atención son: *Imperialismo y cultura* (1973a), *La formación de la conciencia nacional* (1973b), *¿Qué es el ser nacional?* (1973c) y *Nacionalismo y liberación* (1969), que constituyen las fuentes primarias de este trabajo.

Los libros y la militancia política fueron las dos pasiones que Hernández Arregui mantuvo durante toda su vida; ellas le valieron el calificativo de ‘intelectual peronista’ (Neiburg 1998: 68). Galazo (1986) cita a Jorge Abelardo Ramos quien sostiene: “Antiguo radical nacionalista, la cultura de Hernández Arregui se modeló bajo la influencia del pensamiento marxista y los últimos años de reflexión no han hecho sino infundir relevancia a este rasgo que lo sitúa como al más destacado y quizá único intelectual marxista con que cuenta el movimiento nacional peronista” (p. 110). Tal aseveración no hace más que corroborar lo que Hernández Arregui siempre gustaba decir de sí mismo cuando se calificaba de marxista y peronista. Desencantado en las décadas del treinta y del cuarenta con la conducción del radicalismo, se acercó al movimiento peronista, en el que se quedará, confrontando con propios y ajenos, convencido de su vocación popular y revolucionaria. Murió en 1974 sin tener tiempo de repasar su historia y hacer un balance de sus luchas. Galasso imagina a Hernández Arregui repitiendo palabras que Ugarte, en el ocaso de su vida, confesó de sí mismo: “Si tuviera que nacer de nuevo, volvería a empezar [...]. Creo, sin literatura, en la belleza, en el amor, en el altruismo, en todos los cohetes que van hacia el azul [...]. Quiero más que nunca a los míos. Tengo fe en ellos. Creo en el advenimiento de un porvenir que incendia los horizontes [...]. Viene una nueva humanidad” (1986: 217).

Imperialismo y cultura es el primer libro en el que el autor aborda las cuestiones fundamentales del problema nacional: la influencia ideológica del imperialismo y la oligarquía sobre las clases medias nativas, denunciando a quienes, puestos al servicio del imperialismo, desarticulaban las fuerzas que luchaban por la liberación nacional. En el prólogo de *La formación de la conciencia nacional* señala el contenido fundamental de su nuevo libro: “La crítica –inspirada en un profundo amor a la patria y fe en el destino nacional de la humanidad– contra la izquierda argentina sin conciencia nacional y el nacionalismo de derecha, con conciencia nacional y sin amor al pueblo [...] para contribuir, desde la izquierda nacional –en oposición a las izquierdas sin raíces en el país– al esclarecimiento de la cuestión

nacional” (Hernández Arregui 1973b: 19). En *¿Qué es el ser nacional?* Hernández Arregui ofrece una definición teórica del ser nacional y la fundamenta históricamente. Y por último, en *Nacionalismo y liberación* define el nacionalismo como la teoría y la práctica de la revolución nacional que se encarna en la actividad revolucionaria de las masas.

La nación

Pensar la actualidad de América Latina como un conjunto de Estados nacionales, cada uno con una geografía característica, organizados bajo ciertos principios económicos y políticos, poseedores de una soberanía territorial, rasgos culturales particulares y símbolos y tradiciones representativos propios, parece la actitud natural y hasta obvia de un observador ingenuo. Estamos tan acostumbrados a pensar y a actuar en términos de Estado-nación que no percibimos la modernidad, y hasta la arbitrariedad y artificialidad, de esa organización económico-política. Escribió Jorge Abelardo Ramos en su libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1999): “Somos un país porque no pudimos integrar una nación y fuimos argentinos porque fracasamos en ser americanos” (p. 13). La pregunta obligada, entonces, que busca desentrañar el enigma de la fragmentación territorial, económica, política y cultural de la América Hispánica recorre toda la historia de América Latina para encontrar, como fruto de la reflexión, sus respuestas en el estudio de los orígenes de las naciones y los nacionalismos hispanoamericanos.

La primera tarea, pues, para iniciar el estudio del ser nacional (1) en Hernández Arregui es intentar una definición de ‘nación’. Esta dificultad fue señalada por Anderson (1993) cuando expresó que ‘nación’, ‘nacionalidad’ y ‘nacionalismo’ son términos que han resultado notoriamente difíciles de definir” (p. 19), y por Seton-Watson (citado en Anderson 1993) quien manifestó: “Me veo impulsado a concluir así que no puede elaborarse ninguna definición científica de ‘nación’” (p. 20).

La complejidad del tema obliga a Hernández Arregui a buscar una imagen en otro concepto, de manera que le permita aproximarse a la idea de ‘nación’. La encuentra en el término ‘patria’, que desde el punto de vista emocional “expresa aproximadamente lo mismo” (Hernández Arregui 1973c: 16). Es pertinente la elección del autor. En las diferentes lenguas la palabra patria refiere al parentesco y al hogar invocando un amor político que “denota algo a lo que se está naturalmente atado” (Anderson 1993: 203). “Todos sabemos lo que queremos decir cuando hablamos de “patria”. Mas la dificultad empieza cuando queremos racionalizar el sentimiento patriótico.” (Hernández Arregui 1973c: 17). ‘Patria’ aparece sólo como la corteza que escondería en su seno al ser nacional, y, al “fundirse el concepto puro con la realidad, el ser nacional empieza a desplegarse entre nosotros [...] como actividad social viviente [...] en tanto conciencia colectiva de un destino.” (Hernández Arregui 1973c: 17). Luego del intento de encontrar a través de la idea de ‘patria’ el camino para llegar a la nación, Hernández Arregui plantea su propia definición de ‘nación’. “‘Nación’ es un grupo humano establecido en un ámbito geográfico, jurídicamente organizado en Estado, unido por un conjunto de valores materiales y espirituales, una lengua, un pasado común e instituciones también comunes, acatados como norma de convivencia social, a pesar de las internas tensiones de clase y que otorgan, en tanto valores sociales conservados por tradición en la memoria del pueblo, una peculiar semejanza a la comunidad nacional.” (Hernández Arregui 1969: 69) Aparece aquí ‘nación’ definida en términos principalmente culturales, donde la tradición compartida y la lengua tienen una importancia

fundamental. Los miembros de la nación “alcanzan su libertad y realización al servicio de un ser nacional necesitado de una organización estatal propia” (Blas Guerrero 1995: 23). La lengua es, entonces, el elemento aglutinante del carácter de la nación. “Se piensa, se siente, se quiere en términos de lenguaje que es el instrumento expresivo del pensar, del sentimiento y de la voluntad” (Hernández Arregui 1973b: 87), en tanto la tradición cultural de una nación “constituye un reservorio cultural que la generaciones heredan y transmiten” (Hernández Arregui 1973c: 192). La explicación de Anderson (1993) considerando la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (p. 23) nos permite una mayor comprensión de las palabras de Hernández Arregui. La nación es imaginada porque los miembros de cualquier nación, por pequeña que ésta sea, no podrán todos conocerse; se imagina limitada porque tienen fronteras finitas; es soberana porque nace para fundar una nueva legitimidad sobre una autoridad que ha caducado y se imagina como comunidad porque más allá de las desigualdades y conflictos refiere a un compromiso horizontal. Pero la nación no aparece en Hernández Arregui como un todo homogéneo. Al suponer que las contradicciones entre las diferentes clases no quedan abolidas dentro de una nación, el ser nacional adquiere rasgos diferentes según en qué clase se encarne. Así, “es en determinadas clases, como proyección mental del imperialismo sobre las colonias, el sojuzgamiento acatado del ser nacional a la voluntad extranjera, y en otras clases una disposición contraria de no entrega del destino nacional” (Hernández Arregui 1973c: 20).

Origen e historia de la nación hispanoamericana

Hemos diferenciado en la introducción los dos grupos de teorías que estudian el fenómeno de las naciones y el nacionalismo: los modernistas que, militando en el llamado ‘modelo de construcción de naciones’, al hablar del origen de las naciones señalan su carácter novedoso y reciente, su condición de creación deliberada y consciente propia de la modernidad; y los perennialistas quienes, siguiendo la línea de pensamiento del romanticismo alemán, conciben una humanidad dividida desde siempre en naciones culturales, y le otorgan a la nación un pasado inmemorial que se pierde en la noche de los tiempos. Veremos que Hernández Arregui se afilia a este segundo grupo más que al primero. Así, buscar el origen de las naciones implica para el pensador “retroceder a España, y al hecho de la conquista, calar en las culturas indígenas y en el pasado hispánico, [...] pasar a la época actual descifrando la influencia del imperialismo” (Hernández Arregui 1973c: 22).

Ahora bien, en torno a España se han edificado dos imágenes igualmente falsas: la apologética donde aparece la conquista como “una misión religiosa fruto de la magnificencia del alma española ajena al capitalismo y su ética” (Hernández Arregui 1973c: 39), y la leyenda negra, que “tiene su origen en los siglos XVII y XVIII como parte de la política nacional de Inglaterra (Hernández Arregui 1973c: 27) a partir de la traducción inglesa de la obra de Bartolomé de las Casas *Lágrimas de los indios: relación verídica e histórica de las crueles matanzas y asesinatos cometidos en veinte millones de gentes inocentes por los españoles* (1994) utilizada como herramienta política por la corona británica “en una época en que los Habsburgos mandaban sobre Europa y amenazaban a Inglaterra, entonces potencia de segundo orden” (Hernández Arregui 1973c: 28).

La España unificada de Fernando e Isabel que domina el continente europeo y llega a América es “señora de los mares y dueña del comercio mundial, supremacía fundada en su indisputado poderío

militar” (Hernández Arregui 1973c: 44). Es con el comienzo de la conquista americana y la expulsión de los moros de la península que se detiene el desarrollo fabril de España, preanunciando su futura debilidad con la pérdida de sus colonias que pasarían a servir así “no a la industria española sino a los países europeos en pleno período mercantil y manufacturero” (Hernández Arregui 1973c: 45).

La otra vertiente que alimenta el origen de la nación hispanoamericana es la americana indígena. Ya Hernán Cortés “queda fascinado, cohibido por el impacto de la civilización azteca [...]; es el alba que impone América a quien la enfrenta por primera vez y no cesará de actuar, [...] como un faro inagotable” (Hernández Arregui 1973c: 26).

Así, dos tradiciones culturales, la española y la americana indígena, se unieron y formaron una nueva unidad viviente hispanoamericana. Muestra de ello es el folclore latinoamericano que “aunque recubierto de la cultura española, el subsuelo indígena la modificó y las antiguas técnicas y creencias sobreviven” (Hernández Arregui 1973c: 184) hoy en todo el continente, pues aun “cuando las culturas pueden influirse [...] no se confunden, salvo para dar un producto nuevo en la mezcla” (Hernández Arregui 1973c: 303).

La cultura en tanto conjunto de bienes materiales y espirituales producidos por un grupo humano, le da forma a éste a lo largo de su existencia temporal como grupo. “El ser nacional se expresa como cultura nacional” (Hernández Arregui 1973c: 18) y toda cultura nacional se condensa en una lengua. En América “es el idioma español el que ha plastificado [su] espíritu” (Hernández Arregui 1973c: 191) fundiendo las tradiciones españolas y americanas indígenas para obtener un nuevo producto; “América Hispánica es una cultura” (Hernández Arregui 1973a: 294).

Con el progreso de la conquista y el control territorial, llegan a América los “segundones de una nobleza empobrecida” (Hernández Arregui 1973c: 48) que formaron aquí una aristocracia nucleada en torno a la exportación de productos primarios a España. En América esa clase se ennoblece y ese carácter nobiliario le está dado por la posesión de “la tierra y la encomienda con la explotación del indio” (Hernández Arregui 1973c: 48). Así, esta clase exportadora junto a sus ‘retoños criollos’ domina desde el comienzo todos los resortes económicos y políticos del imperio en América.

La crisis del poder español, originada como consecuencia de la invasión napoleónica a la península ibérica, desencadena en América un movimiento revolucionario criollo de dimensión continental. Estos movimientos no fueron democráticos en su esencia pues “las pocas brasas jacobinas fueron rápidamente extinguidas” (Hernández Arregui 1973c: 66), y “en ningún caso negaron su fidelidad a España” (Hernández Arregui 1973c: 63). Solo atacaron lo que los perjudicaba como clase propietaria y exportadora. La independencia no buscaba la modificación de la estructura social sino la apertura hacia el mercado europeo para “eliminar el aparato fiscal metropolitano, expropiar al sector español de la propia clase española y heredar su poder político” (Hernández Arregui 1973c: 67-68). Al finalizar la guerra napoleónica, Inglaterra, dueña del comercio mundial, se lanza a la conquista de nuevos mercados. “Este hecho explica por sí mismo la emancipación americana mucho mejor que el delirio por la libertad.” (Hernández Arregui 1973b: 84)

Las masas indígenas explotadas por el sistema virreinal no fueron antiespañolas. “La masa indígena y mestiza se mantuvo fiel a España. Y vio enemigos, no libertadores, en los partidarios de la emancipación” (Hernández Arregui 1973c: 51). Las luchas de las masas indígenas fueron consecuencia de la disolución virreinal. Cuando se levantaron durante el período colonial, lo hicieron contra las

injusticias sociales y “en defensa del suelo patrio que asociaban a la fidelidad a España” (Hernández Arregui 1973c: 71). No fueron las masas nunca separatistas; serían las clases sociales dominantes tanto españolas como criollas, las que habrían de sacrificar la unidad de América al entrar como clase subordinada al comercio mundial” (Hernández Arregui 1973c: 71). Los movimientos separatistas, “fomentados por Inglaterra, no encontraron apoyo popular” (Hernández Arregui 1973a: 290). De esta manera, las revoluciones americanas truncan el desarrollo americano autónomo y transforman a América en “zona productora de materias primas para las fábricas de Europa” (Hernández Arregui 1973c: 94). A partir de aquí, “la estrategia histórica consistió en ligar al interés extranjero las rentas de las oligarquías nativas” (Hernández Arregui 1973a: 19), al tiempo que se emprendía, a cargo de agentes locales del colonialismo, una campaña de descrédito hacia todo lo español, “pues la lengua y las antiguas tradiciones hacían posible la idea de la unidad continental, viva en los pueblos” (Hernández Arregui 1973a: 19). Los caudillos del interior, ante la política de la oligarquía nativa al servicio de Inglaterra, “se levantaron por la unidad nacional, no contra ella, [...] reteniendo en la memoria orgánica de la raza el grande y cercano recuerdo de la América Hispánica unida” (Hernández Arregui 1969: 157).

Rivadavia, Rosas, Mitre y Roca representan diferentes momentos “del desarrollo y expansión de la burguesía nacional y de nuestro comercio de exportación dependiente” (Hernández Arregui 1973a: 24-25) del sistema económico mundial. Con el radicalismo yrigoyenista surge una “fuerza popular de orientación nacional” (Hernández Arregui 1973b: 283) que se propone volver a la nación a su cauce original. Pero la oligarquía liquidará el carácter nacional del radicalismo y derrocará a Yrigoyen para iniciar “un período de retroceso de la Argentina como nación” (Hernández Arregui 1973b: 283). En 1930, la economía y la política se ponen al servicio del mercado monopolista mundial, en tanto que los escritores argentinos se inclinan hacia “el nihilismo literario, o bien, el redescubrimiento de lo argentino” (Hernández Arregui 1973a: 99); en el último caso para ser luego acusados de fascistas por el extranjerismo mental de los grupos nativos vendidos al capital internacional.

En 1945 comienza en el país una revolución encabezada por las masas populares de carácter democrático, nacional, antioligárquica y antiimperialista. El 17 de octubre de 1945 terminaba “una época de humillación y advenía la Nación frente al mundo” (Hernández Arregui 1973b: 50). Pero esa revolución nacional cometería el error de no aniquilar a las clases serviles del imperialismo. “En dos oportunidades la clase terrateniente ha sufrido retrocesos políticos: en 1916 y en 1943. Y dos veces, en 1930 y 1955, ha recuperado el poder mediante golpes militares” (Hernández Arregui 1973a: 214).

Nacionalismo argentino. Origen, objetivos y naturaleza

El nacionalismo como movimiento ideológico nace en Argentina “como reacción pretérita contra Inglaterra que amenaza con la ruina de la clase terrateniente” (Hernández Arregui 1973a: 30). Esta Nación, de reacción defensiva ante una amenaza exterior, fue señalada por Anthony Smith (1975) al considerar que el nacionalismo en tanto movimiento ideológico “se considera como respuesta nacional a la opresión extranjera” (p. 107), y por Tom Nairn (1977) que hablará del nacionalismo como la creación de “una comunidad militante interclasista en actitud de defensa ante fuerzas extranjeras” (p. 340). Este primer nacionalismo en la Argentina es un nacionalismo de élite. Ahora bien, en tanto clase social que cumple la función de agente local de dominación al servicio del imperialismo “no podían combatir al imperialismo frontalmente” (Hernández Arregui 1973b:

248), por lo que no promovió jamás la industrialización del país para iniciar el camino de la conquista de la independencia económica y de la soberanía política. Este nacionalismo de elite aparece filiado al fascismo de Mussolini. Más tarde, el nazismo alemán ejercería una violenta atracción sobre los nacionalistas argentinos” (Hernández Arregui 1973b: 166).

El nacionalismo, cuando hablamos de naciones, posee un “doble sentido según corresponda al contexto histórico de una nación poderosa o de una nación colonial” (Hernández Arregui 1969: 15), y adquiere también un sentido dual al hablar de clases sociales dentro de un país cuando éstas lo proclaman o lo rechazan, aunque veremos que existe, por un lado, una correspondencia entre el nacionalismo de una nación poderosa y el nacionalismo de la oligarquía local a su servicio y, por el otro, entre el nacionalismo de un país oprimido y el nacionalismo de las clases que luchan por la liberación.

El nacionalismo en una nación poderosa es “inseparable del concepto de opresión de los países débiles [...]. El concepto de nacionalismo en un país atrasado es, en cambio, [...] lucha por la liberación” (Hernández Arregui 1969: 177-178). Y respecto del nacionalismo según la clase, habrá un nacionalismo reaccionario y un nacionalismo revolucionario. El primero será un nacionalismo antiliberal, antimarxista, antibritánico, “ligado a las clases privilegiadas [...] y un nacionalismo que no se expresa en la voluntad emancipadora de las grandes masas populares” (Hernández Arregui 1969: 15-16). Ahora bien, como este nacionalismo comienza siendo en Argentina un movimiento ideológico de derecha encarnado en la oligarquía como clase, no podía conciliar su imagen nacional con un proyecto político revolucionario de masas, pues eso implicaba “la liquidación de la oligarquía como clase. [Y] en tanto miembros de esa clase, los nacionalistas sólo podían proponer soluciones reaccionarias” (Hernández Arregui 1973b: 279). El nacionalismo revolucionario de masas será, para Hernández Arregui, el verdadero nacionalismo que implicará “la teoría y práctica de una revolución nacional liberadora del coloniaje, que únicamente puede encarnarse —aunque a esa liberación nacional contribuyan otros factores de poder, Ejército, Iglesia, burguesía nacional, etc.— en la actividad revolucionaria de las masas” (Hernández Arregui 1969: 15), idea que encaja en la conceptualización propuesta por B. Anderson (ya se había señalado el paralelo entre ambos autores al hablar del concepto de ‘nación’) al ver en el nacionalismo la fuerza ideológica capaz de dar vida y defender la identidad y permanencia en el tiempo de una comunidad nacional, acorde con la idea de ‘nación’ como una ‘comunidad imaginada’ caracterizada por la limitación espacial y por su aspiración a la soberanía política.

Finalmente, la lucha por la independencia nacional de las naciones iberoamericanas debe ser una sola lucha, debe consistir “en la superación de los aislamientos regionales en pos de un nacionalismo iberoamericano, capaz de enfrentar a la metrópoli colonizadora que, (...) mediante el mantenimiento de fronteras geográficas fantasmas” (Hernández Arregui 1969: 91) asegura la pacífica explotación del continente.

El movimiento de liberación nacional

Sobre el surgimiento de movimientos nacionalistas basados en la idea de nación cultural, es posible distinguir según Hroch (1985) tres fases en su desarrollo: a) una primera fase en la que un grupo de activistas emprende un estudio del pasado histórico y la realidad cultural del grupo llamado a la construcción de la nación; b) una segunda fase caracterizada por acciones orientadas a forzar el desarrollo de la conciencia nacional; y c) una fase final que implica el paso del movimiento de elite al movimiento de masas. El soporte de este movimiento nacionalista es la nación en tanto implica la

memoria de un pasado común, la existencia de rasgos culturales compartidos, una lengua común y el sentimiento de igualdad entre los integrantes del grupo que sienten pertenecer a una misma nación.

Una idea similar es la que propone Connor (1998) al afirmar que el nacionalismo implica el amor a la propia nación, al grupo que comparte un pasado común, diferenciándose del patriotismo que sólo implicaría el amor al propio Estado. A partir del momento en el que grupo cobra conciencia como grupo nacional, surge la nación como fenómeno de masas y como movimiento nacional.

En tanto, Ernest Gellner (1964), más que ver en el nacionalismo el despertar de una nación hacia su autonomía, sostiene que el nacionalismo inventa naciones allí donde no existen. "Un movimiento nacional, en un país oprimido, siempre adopta una bandera nacionalista contra otro nacionalismo opresor. (Hernández Arregui 1973b: 117)". En el caso de la Argentina, vimos cómo la oligarquía reacciona frente a Inglaterra, en cuyo imperialismo veía una amenaza a su propia existencia como clase, adoptando una actitud nacionalista. Este nacionalismo de elite que nace hacia fines de la década del veinte es hispanista, antiliberal, católico y partidario de regímenes de fuerza de carácter fascista, pero profundamente antibritánico. A pesar de sí mismo, este nacionalismo cumplió un importante papel en el esclarecimiento de la conciencia nacional en la obra de sus intelectuales que reconstruyeron la historia argentina desde una actitud de "crítica a la historia de la Oligarquía" (Hernández Arregui 1973b: 193). Este nacionalismo de elite se transformará en un nacionalismo de masas junto con el peronismo, adquiriendo finalmente la forma de un movimiento revolucionario de liberación.

El golpe de 1943 fue "un movimiento anticomunista pero también antioligárquico" (Hernández Arregui 1973b: 391). La inmediata reacción del imperialismo y de las fuerzas internas pro-imperialistas partidarias del orden antiguo "determinó el rápido viraje de la revolución hacia las masas" (Hernández Arregui 1973b: 394). A partir de aquí se inicia el proceso de concientización y politización de las masas que encuentra su forma definitiva el 17 de octubre de 1945. Ese día "quedará en la historia de la Argentina como una fecha cumbre. Terminaba una época de humillación y advenía la Nación frente al mundo" (Hernández Arregui 1973b: 50)

Como fuerza ideológica que impulsa un movimiento de liberación, el nacionalismo se encarna en la voluntad de las masas y en el Ejército en tanto "brazo armado de la voluntad nacional" (Hernández Arregui 1973b: 488). Esta tarea de unir al Ejército con el pueblo correspondió a Perón en su papel de caudillo de una nación. La "lucha por la liberación nacional en las colonias, se asocia siempre a la lucha por la industrialización" (Hernández Arregui 1973b: 38), pues sin industrialización no hay independencia económica que es la base de la soberanía nacional. Y en Argentina, los "planes siderúrgicos surgen del Ejército, no del nacionalismo político" (Hernández Arregui 1973a: 29).

Ahora bien, esa lucha que en la Argentina encarnan las masas peronistas es una etapa más hacia la liberación definitiva. En la América Hispánica, la "lucha nacional tiende a convertirse en continental sobre la base de la unificación revolucionaria de las masas latinoamericanas" (Hernández Arregui 1973a: 291). De manera que "por parentesco geográfico, de lengua y de problema [...], la cuestión de la liberación nacional es impartible de la liberación de la América latina" (Hernández Arregui 1973c: 21).

Conclusiones

No resulta una sencilla tarea proponer definiciones conceptuales claras en el tema de la nación y los nacionalismos. La complejidad del tema fue señalada por varios autores incluyendo al propio

Hernández Arregui, como ya señaláramos anteriormente. En la búsqueda de una definición conceptual de 'nación', este autor utiliza el concepto de 'patria', el cual se le presenta como semejante por expresar desde el punto de vista emocional aproximadamente lo mismo. Esta actitud de tratar de definir un concepto sin terminar de hacerlo del todo tiene su ejemplo clásico en las palabras de San Agustín, quien en un pasaje de sus *Confesiones* dice, hablando del tiempo, "si nadie me lo pregunta yo lo sé para entenderlo; pero si quiero explicarlo a quien me lo pregunte no lo sé para explicarlo".

El ser nacional se hace inteligible "en una comunidad establecida en un ámbito geográfico y económico, jurídicamente organizada en nación, unida por una misma lengua, un pasado común, instituciones históricas, creencias y tradiciones también comunes conservadas en la memoria [...] en sus clases no ligadas al imperialismo, [...] que en tanto disposición revolucionaria de las masas oprimidas se manifiesta como conciencia imperialista, como voluntad nacional de destino" (Hernández Arregui 1973c: 22).

Esta definición de Hernández Arregui encaja con la explicación general del nacionalismo propuesta por Anderson. La nación aparece como una comunidad imaginada caracterizada por su limitación espacial y por su aspiración a la soberanía política, en tanto que el nacionalismo sería la fuerza ideológica encarnada en las masas para conducir al grupo nacional hacia su autonomía económica, política y cultural. Es un nacionalismo de carácter cultural que en términos de la diferenciación planteada anteriormente entre modernistas y perennialistas, lo ubica a Hernández Arregui en este segundo grupo. En líneas generales, los perennialistas hacen referencia a la antigüedad histórica del tipo de organización política y social conocido como nación, aludiendo a su carácter inmemorial o perenne. Aceptan la modernidad del nacionalismo como fuerza política y, aunque puedan admitir que las naciones son actualizaciones de comunidades étnicas o identidades colectivas que han existido a lo largo de la historia y la humanidad, niegan que las naciones sean algo dado por la naturaleza. Consideran más bien que se trata de fenómenos estrictamente históricos y sociales, no naturales. La nación, que en Hernández Arregui es una nación hispanoamericana, remonta su origen a un pasado lejano difícil de datar, durante el cual dos vertientes culturales conviven y se desarrollan, la americana indígena y la española, encontrándose en el momento de la conquista española de América para, a partir de allí, confluir en una nueva realidad cultural que se materializa en la nación hispanoamericana.

Aunque Hernández Arregui hable de un nacionalismo revolucionario que lucha por la liberación nacional encarnado en la Argentina en las masas peronistas, verá en esta lucha solo una etapa de la liberación definitiva. En América Latina la "causa del mal que oprime a sus pueblos no es nacional sino iberoamericana" (Hernández Arregui 1973c: 304). En tanto la América Hispánica constituye una sola nación, "La disposición glomerular de América Latina, sus países en mosaico, no responde a causas geográficas, histórica o raciales fatales" (Hernández Arregui 1973c: 34), es una operación combinada de las fuerzas del imperialismo y de las oligarquías locales a su servicio.

Las pretendidas diferencias regionales de Iberoamérica son secundarias y la planificación e integración de sus zonas geoeconómicas acabará con ellas. Vale decir, con aislamiento económico y cultural [...] el mercado común latinoamericano [...] es el germen de la nación iberoamericana. No serán éstas jamás naciones independientes separadas de las otras. Serán en cambio una nación si unifican sus recursos materiales, sus medios de comunicación, sus aduanas y regímenes arancelarios [...] hasta el logro de un sistema común de intercambio, un mismo ordenamiento monetario y una producción planeada y complementada en sus diversas regiones que, con un gran mercado interno, serán las bases de una poderosa nación asentada sobre el potencial productivo, alimentario, mineral, la unidad de lengua e historia, la diversidad demográfica y la centralización militar" (Hernández Arregui 1969: 252).

Notas

(1) Se utiliza el concepto de 'ser nacional' como equivalente al de 'nación', en correspondencia con los significados que les atribuye Hernández Arregui.

Fuentes

Los textos que constituyeron las fuentes primarias de esta investigación han sido consultados en las siguientes ediciones:

- Hernández Arregui, J. J. (1969). *Nacionalismo y liberación*. Buenos Aires: Hachea.
_____ (1973). *Imperialismo y cultura*. Buenos Aires: Plus Ultra (3ª ed.).
_____ (1973). *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Plus Ultra (3ª ed.).
_____ (1973). *¿Qué es el ser nacional?* Buenos Aires: Plus Ultra (3ª ed.).

Bibliografía

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
Berlin, I. (2000). *Las raíces del romanticismo*. Madrid: Taurus.
Blas Guerrero, A. de (1995). *Nacionalismos y naciones en Europa*. Madrid: Alianza Editorial.
_____ (1999). *Enciclopedia del nacionalismo*. Madrid: Tecnos.
Connor, W. (1998). *Etno-nacionalismo*. Madrid: Trama.
Galasso, N. (1986). *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.
Gellner, Ernest (1988). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
Kedourie, E. (1988). *Nacionalismo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
Las Casas, B. de (1994). *Obras Completas*. Madrid: Alianza.
Nairn, T. (1977). *The Break-up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*. London: New Left Books.
Neibourg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo: estudios de antropología social y cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
Ramos, J. A. (1999). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. 2 volúmenes. Buenos Aires: Distal.
Smith, A. D. (1975). *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Península.
_____ (1997). *Identidad nacional*. Madrid: Trama.
_____ (2000). *Nacionalismo y modernidad*. Madrid: Istmo.

Fecha de recepción: 08/05/2003 · Fecha de aceptación: 01/08/2003